

LA ESCUELA DE ASTORGA VISTA DESDE DENTRO: PEQUEÑA HISTORIA DE UNA NOSTALGIA (I)

Luis Alonso Luengo

En Astorga, una pequeña ciudad del Noroeste de España, se dieron en los años 20 las condiciones adecuadas para que destacara un grupo de intelectuales, adolescentes por aquel entonces. Entre ellos se encontraban Leopoldo Panero -el gran poeta español del siglo XX junto a Blas de Otero, según Andrés Trapiello- y Ricardo Gullón, uno de los más destacados críticos literarios españoles del pasado siglo. Formaban también parte de aquel grupo, Juan Panero y Luis Alonso Luengo. Éste último escribió hace años para la revista «Astórica», del Centro de Estudios astorganos «Marcelo Macías», un interesantísimo artículo sobre las peripecias culturales de aquel grupo de amigos, a los que Gerardo Diego denominó años más tarde, en 1948, «Escuela de Astorga». Aunque sobre este asunto se ha escrito mucho en León, creemos interesante volver sobre él, recuperando este trabajo de D. Luis. Para muchos lectores no leoneses de nuestra revista puede ser desconocida la mayor parte de lo que en él se cuenta. Agradecemos a D. Luis Alonso Luengo y al Centro «Marcelo Macías» el habernos autorizado a reproducirlo.

A Ricardo Gullón, con la esperanza de que no todo lo de nuestra niñez astorgana fue un «Paraíso Perdido».

INVENCION O DESCUBRIMIENTO DE GERARDO DIEGO

Todos lo sabéis. Gerardo Diego, en unos artículos publicados en «ABC» en marzo y abril de 1948, con el título «Escuela de Astorga», contaba cómo en Astorga «la pétreo y episcopal ciudad amurallada, tras una generación de historiadores, arqueólogos y novelistas, surge - entonces hacía de ello veinte años- todo un grupo, una verdadera escuela de poetas y adolescentes de rica y dibujada personalidad». Fue -añade- «un grupo de estudiantillos que agita y revuelve las aguas mansas de la ciudad dormida con una revista literaria que publica libros de versos y una guía en colaboración; una de esas Guías provincianas con deliciosos anuncios de la sastrería local, de la fábrica de chocolates y mezcla de pedanterías históricas, impresiones líricas e itinerarios para el turismo».

Y agrega: «Los autores de esta simpática travesura de adolescencia, que ahora es buscada con avidez por bibliófilos de los primeros pasos, son los hermanos Juan y Leopoldo Panero, Luis Alonso Luengo y Ricardo Gullón. Los de más decidida vocación poética resultaron a la larga los hermanos Panero. Luengo y Gullón han derivado hacia la novela, la crítica o la biografía histórica, pero siempre sin desmentir su ilusionado arranque de poetas.»

Luego de señalar cómo la «Escuela de Astorga» - por él tan generosamente inventada- tiene su raíz hundida en el paisaje de la ciudad, en *el arbolorio* de que habla el poeta medieval Juan Lorenzo Segura en su «Poema de Alexandre», se refiere largamente a la poesía arraigada y profunda de Leopoldo y a la ingenua, transparente y sosegada de Juan.

Tal fue el arranque - obra de Gerardo- de esta llamada «Escuela de Astorga», «Escuela» y no «Generación», porque lo generacional tiene un sentido temporal (Generación del 98, Generación del 27, etc.); y el concepto de *Escuela* brota de un sentido especial, se refiere a un lugar, a un rincón, a una ciudad (Escuela Salmantina, Escuela Sevillana), que, por su singularidad, sea el motor de la inicial actividad literaria de sus miembros luego retenidos o lanzados a más amplias empresas. «Escuela de Astorga», porque el en-

torno, casi mágico, de esta ciudad, fue el que promovió, con su impronta, la vocación del grupo literario que la compuso. Y ello con una conciencia de amistoso y coordinado grupo, identificado en un afán común.

VIVIR EN ASTORGA

Los cuatro incluidos en la «Escuela de Astorga» nacimos en esta ciudad, vivimos la infancia y adolescencia en ella y esto, por la manera singularísima de su ser y de su ámbito, imprime carácter.

Porque era en años en que se formaba nuestra mente, y nos hallábamos constantemente inmersos en una especie de fluido invisible, que no percibíamos (a fuerza de costumbre que lo absorbía), pero que emanaba no sólo de la estatua de «Pedro Mato», aupada allá en el ábside de la Catedral; y de las cigüeñas navegando en el azul sobre el «Palacio de Gaudí» y de los «Maragatos del Reloj»; marcando las horas «de la Acrópolis»; y del «Jardín» colgado sobre un paisaje que se enmarcaba entre las murallas romanas y la nieve del Teleno deslumbrando el contorno, y del retumbar de la «Campana María»; y de los epitafios latinos de las lápidas estremecedoras del Museo; y del león del «Monumento a Los Sitios», que - como ha dicho Martín Descalzo- todos, en nuestro sueño, habíamos visto saltar enfurecido por las calles buscando la sombra de Napoleón que gravitaba aún sobre la ciudad; y de la Historia de D. Matías que nuestros padres nos citaban día a día en las comidas, sino, también, de unas figuras humanas que allí se movían por unas calles de piedra o se posaban en esos interiores astorganos en penumbra de camilla y canario, de cortinones y bargueño para las salas enceradas. Figuras que iban desde la blanca cabeza de D. Marcio Macías, el maestro e ídolo indiscutible que nos sobrecogía más que con su perfil - que era un doble del de Goethe-, con su sonrisa acogedora (que parecía brotar desde las páginas de su «Epigrafía Romana de la Ciudad de Astorga»), hasta el pausado hablar del señor Prudencio el Campanero, que era como un relieve más del Pórtico de

la Catedral; desde el alto sombrero de D. Germán Gullón, al dejar sonriente la acera de una dama, hasta la sotana del deán Lobo Ligerero, encorvado su cuerpo sobre el bastón de marfil; desde el silencio de aquella dama cosiendo tras el mirador, hasta las bromas de «Paco el Pertiguero», que las gastaba - alto y serio y tan ingenioso como su hijo Emilio Pertiguero, también- incluso dentro de la misma Catedral; desde Evencio el Ciego, que, sacudiendo las manos para orientarse en las esquinas, era el repartidor de recibos de todas las Cofradías, hasta la señora Macaria, la *castañera*, que, allá en los soporales de la plaza, nos daba unos pares de castañas con las manos ateridas por el «humo de unos céntimos», según cantó Leopoldo Panero.

Ahora vemos claro que algo latía sobre la ciudad a lo que no podíamos sustraernos y nos habría de marcar para siempre. Algo que, no habiendo vivido inmerso en ello, es muy difícil de comprender, porque tenía la profundidad y el encanto del *misterio*. ¿Misterio? Pero, ¿de dónde exactamente venía y dónde estaba?

Sin embargo, dentro de ese aura, es muy fácil de comprender - como propio de ella- el sentido, casi fraternal, de la infantil amistad.

Amigos antes de nacer éramos Ricardo y yo - él lo ha dicho en una entrevista de prensa- por la sencillísima razón de que nuestras madres eran, ya antes de concebirnos, íntimas amigas.

Y amigos - empujados a formar pandilla con nosotros- eran Juan y Leopoldo Panero, Dámaso Cansado, Antonio Novo, Ángel Jiménez...

Deliciosa adolescencia la nuestra (cualquier tiempo pasado fue mejor). Íbamos creciendo - yo no mucho en estatura, Ricardo gigantescamente- y, a la par, íbamos sintiendo algo en lo que radicaba aparentemente aquel misterio: el peso de la Historia. Nos empezaba a apasionar la Historia de nuestro rincón y su reflejo en el Arte. Pero no sólo la historia remota, sino, igualmente, la próxima. (¿Es que no queríamos también nosotros hacer un poco de historia?)

LOS HISTORICISTAS Y LA GENERACION DEL CENTENARIO

Porque todo aquello tenía un sentido - hoy lo comprendemos con la distancia -, que le daba la evolución y el devenir de la cultura astorgana de los decenios anteriores, donde, desde una generación de arqueólogos, paleógrafos e historiadores, patroneada por Macías, y en la que se insertan Martínez Salazar, Rodríguez López, Rodríguez Díez o San Román, se pasó a la integración masiva de la ciudad entera en una conciencia histórica colectiva que se creó con las «Fiestas del Centenario de los Sitios de Astorga» (1910), en las que - con la arrebatadora y sugestiva promoción de Macías y el patrocinio del Obispo Alcolea- un torrente de libros, de artículos, poemas y obras teatrales alusivas inundó el ámbito, para desembocar en una generación de narradores - Santiago Alonso Garrote, José María Goy, Eladio Rodríguez Pereira, Alvaro López García -, y concluir en el grupo modernista de «El Fresco».

LA GENERACION DE «EL FRESCO» Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA POESIA

Pepe Aragón, el novelista y autor teatral; Gonzalo Goy, el humorista, y Sebastián Risco, el poeta, habían lanzado, sucesivamente, en los años 1916 al 1918, dos revistas semanales, una más satírica, «El Fresco» y otra más literaria, «Astúrica», siguiendo, a su vez, el impulso que venía de otro grupo literario astorgano de fin de siglo (1899), el de la revista «El Céfiro» -Angel Julián, Félix Cuquerella, Melquíades García Fidalgo y Pepe Cabezas (que tanto juego dio más tarde al periodismo astorgano)- y removiéndolo con ello la vida tranquila de la Astorga de la Primera Guerra Mundial.

El grupo literario de «El Fresco» y «Astúrica», guiado por el pintor Demetrio Monteserín (aquel personaje de «Engolada prestancia» - según dijo Sebastián Risco, erguida la cabeza sobre su alta humanidad y mordiéndolo humeante la pipa bohemia, lo mismo pintaba paisajes deslumbrantes de la Costa Azul que austeros rincones de Maragatería, e igual paseaba su arrogancia enfática por el cantón astorgano que por los bulevares parisinos), tuvo la audacia de implantar en Astorga el modernismo poético prendido en los cisnes y las princesas de Rubén - que Monteserín transportaba a sus pinturas -, en una época en que en las veladas del Círculo Católico Astorgano y por su grupo de poetas - Pompeyo Pérez Benito, Aurelio Hernández, Luciano García, Isaac Martín Granizo- se rendía aún culto a Campoamor, a Zorrilla y, como avanzada, a Gabriel y Galán o a los poetas cristiano-sociales del momento.

Todo ello a nosotros -adolescentes- nos tenía como alucinados entre aquellas piedras y aquellas campanas que rezumaban historia.

Paseábamos por la muralla (frente al Teleno) recitando versos de Rubén Darío y de Juan Ramón, como Ricardo ha recordado.

Bajábamos a la «Eragudina» - parque arbolado extramuros de la ciudad que había sido jardín del Palacio del Marqués—; y, con las murallas romanas a la espalda y el Teleno al frente, en el vértice mágico que nos traían el «Monte Sagrado de los Astures» y la «Ciudad Santa de Astorga», Ricardo, abriendo los brazos como un alto Quijote adolescente, nos recitaba, iluminado, el «Romance del Conde Arnaldo», el de aquel misterioso y solitario



La Escuela de Astorga: Leopoldo Panero, Juan Panero, Luis Alonso y Ricardo Gullón.

navegante que, en la proa de su navío, iba musitando:

sólo digo mi canción
a aquel que conmigo va...

Gullón ha evocado, hace ya años, todo esto y muchas cosas más en una magistral conferencia en la «Casa de León» de Madrid, titulada así: «Descubrimiento de la Poesía».

Hoy nos preguntamos: ¿Estábamos, efectivamente, descubriendo la poesía? La poesía en abstracto, quizá sí. La poesía en concreto - la que dormía en aquel misterio de Astorga -, aún no; pero la presentíamos al intuir que algo inefable - no sabíamos qué estaba allí.

LA ASTORGA DE LOS AÑOS VEINTE

Al mismo tiempo una especie de sabia torrencial, de alegría juvenil del vivir parecía haberse derramado por Astorga. Una juven-

tud auténtica desbordaba los viejos marcos de la ciudad dormida.

Hacia un año -en 1924- que se había establecido en Astorga -que hasta entonces no tenía guarnición militar- el «Regimiento de Ordenes Militares». Para entender lo que de expectación local significó aquel hecho en la vida social astorgana habrá de acudir -como hemos señalado en alguna ocasión- a la comedia en tres actos, original de D. Melitón Amores, titulada «Viene el Regimiento», estrenada por los chicos y chicas astorganos de aquellos días, «en honor -dice la inefable dedicatoria- del "Regimiento de Ordenes Militares y su oficialidad"» (en el reparto figurábamos Leopoldo Panero y yo, nada menos que como capitanes andaluces).

En aquella obrita, un tanto pueril, pero testimonial, recogiendo la atmósfera en que vivía la ciudad y todas sus clases sociales -casino, casas particulares, paseos, barrios bajos, etc.-, se presentaba la llegada del Regimiento y la impronta que tal hecho había producido, especialmente en la juventud y en las guapas chicas astorganas, ante la avalancha de tenientes y capitanes en «edad de merecer». Ingenuo, quizá, todo ello, pero que al releerlo hoy nos produce una adorable nostalgia.

«LA SAETA», PERIODICO SEMANAL. CHOQUES CON EL CASINO

En aquella atmósfera (año 1925) decidimos, por de pronto, imbuidos quizá pedantemente por una tradición cultural astorgana que pensábamos era la nuestra, y siguiendo deliberadamente las huellas cercanas de la generación de «El Fresco» y de «Astúrica», lanzar una revista veraniega, juvenil y literaria, pero, al mismo tiempo, «bien humorada» -con la inocente ironía de los

diecinueve años- que moviera el vivir de la ciudad y barajara la historia con la Cultura - así, con pedantesca mayúscula-, el cotilleo municipal con los versos a nuestras lindas amigas, las chicas astorganas.

Y no fueron una, sino dos, las revistas que, en años sucesivos, publicamos. Primero, «La Saeta» (1925), más satírica, pero en la que estaban en verso hasta los anuncios, y en la que firmábamos con seudónimos, todos ellos literarios o de personajes tomados de la literatura: así, Ricardo Gullón era «Sansón Carrasco»; Leopoldo Panero, «Critilo»; Juan Panero, «Juan de Mena», y yo, el «Licencioso Vidriera». Después, «Humo» (1928), ya con afanes e inquietudes más intelectuales, a los que aliábamos concursos de belleza y fiestas de juventud, y cuyos versos y prosas firmábamos ya con nuestros nombres.

«La Saeta» terminó como el «Rosario de la Aurora». Celebraba por entonces el Casino sus verbenas veraniegas, y en la «Saeta» dábamos reseñas de las mismas, entre hu

morísticas y pretenciosamente severas, poniendo en jaque a todo el mundo y descubriendo posibles amoríos juveniles o tapadillos, y pretendidas *trapiondas* de graves varones. En este trajín aludimos -gastándole una broma ciertamente pesada- a un maduro comandante solterón que tenía debilidad por las jovencitas quinceañeras. Montó en cólera el comandante y acudió furibundo a la Junta del Casino pronunciando esta lapidario frase:

-«No me bato con ellos porque son unos *mocosos*. Que su padres sean amonestados y ellos sancionados por la Junta, de quien se han *cachondeado* todos los días.»

Esteban Carro Celada, nuestro gran escritor desaparecido, contando el pintoresco sucedido, en su tesis universitaria «Dos revistas Literarias en la circunstancia de la Astorga de los años 20», dice:

«Hubo reunión general en el Casino. Los padres de los distintos redactores tuvieron que tomar una determinación. D. Germán Gullón y D. Paulino Alonso prohibieron a sus hijos Ricardo y Luis que cogieran la pluma para «La Saeta». Don Moisés Panero, más drástico -a pesar de su innata bondad-, confinó a

sus hijos Juan y Leopoldo a su finca del Monte de Castrillo de las Piedras -a tres kilómetros de Astorga- castigados a cazar gorriones con la escopetilla de verdad que les regaló su abuelo Quirino». El Casino nos impuso como sanción la prohibición de que asistiéramos a sus bailes de aquellas ferias.

Y añade: «Todos estaban nerviosos con el berrinche, y la ciudad con una deliciosa comidilla en vísperas de la fiesta de agosto, pero los castigados tenían que mantener su dignidad. Y sale el último número de «La Saeta» el 23 de agosto de 1925 sólo para mostrar su indignación los redactores y para reafirmar su decisión juvenil de rebeldía.»

Y todo el número estaba dedicado a la «Junta del Casino», con una literatura que flotaba entre el «esperpento» y la «greguería», desde el editorial titulado grotescamente «El Pasma de Sicilia» hasta los anuncios, como éste: «Aviso importante, se vende un malhumor, en excelente uso, con o sin razón en el Casino.» O los «Ecos de Sociedad»: «Ha salido «La Saeta», a pesar de los esfuerzos de la Junta del Casino, a cumplir el destierro impuesto por la autoridad paterna a Juanito y Leopoldito Panero». O artículos como el que se titulaba satíricamente «Plañideros», dedicado a Juan y Leopoldo -escrito por Pepe Cabezas-, el viejo periodista que tanto nos ayudó, pero que firmaba *D. Melquiádes*, que era un muñeco tragabolas muy grande (juguete de cuando era niño Ri-

cardo Gullón), a quien habíamos hecho *mas-cota del grupo*, y que en este artículo transmitía con su llanto el de aquellos otros grandes muñecos de cartón que, rescatados también del desván infantil de Ricardo, decoraban las paredes de la redacción con sus nombres dibujados a punta de pluma por Juan, y que les bautizamos solemnemente como *Machaquito*, *Coscorita*, *D. Steban* y *Pirulí*, cada uno de los cuales con una misión que cumplir en la redacción.

Deliciosos muñecos de nuestra niñez que decidimos incorporar a la aventura literaria de nuestra adolescencia, haciéndoles nuestros amigos, formando nuestro grupo hasta el punto de reír y llorar con nosotros. ¿Qué significaba todo esto?

¿Era la necesidad de echar mano de nuestra infancia a la que, para que no se nos es-

Juan y Leopoldo seguían desterrados en Castrillo- llenamos con nuestros *pises* respectivos un gran botijo que en la redacción teníamos, escribiendo en su panza de barro el siguiente letrero: «Con esto queda pagada la cuenta».

Excusamos decir que la renta en pesetas fue abonada después por nuestros respectivos padres, quienes dieron toda clase de excusas a aquel pobre señor por nuestra diablura, que tuvo la generosidad de perdonar.

No podíamos sospechar nosotros, en aquel momento, que una travesura similar habían de realizar, no pasado mucho tiempo, en Madrid, los poetas de la «Generación del 27», produciendo conjuntamente un torrente del mismo líquido amarillo sobre la pared de la Real Academia de la Lengua -hoy casi todos los que lo vertieron son académicos en ella-, como protesta por no haberse incorporado «la docta corporación» al Centenario de Góngora, que ellos celebraban a tambor batiente.

UNA HUMORADA ESCÉNICA

Terminada «La Saeta», «aquella andadura en común -ha escrito

Esteba Carro Celada- continuó cuando las navidades de 1925 se encuentran todos sus redactores en Astorga. Y

piensan que el humor ha de seguir. Colecta por Madrid el éxito de la «Venganza de D. Mendo» y estrenan Villaespesa, Ardavín y Marquina. Se acerca el día de Inocentes y son proverbiales las inocentadas en Astorga. Ricardo Gullón y Luis Alonso Luengo escriben «Los Cuatro Filetes del Apocalipsis», humorada en verso en un acto y dos cuadros que se estrena el 28 de diciembre de 1925, día de Inocentes, en el teatro de la «Casa Social» de Astorga. Actores fueron todo el grupo de «La Saeta», y sus incondicionales amigos. Juan Panero era «Mencia» por tratarse -dice una nota- del único de los jóvenes actores que tenía bigote. Ricardo Gullón es «D. Tristán Sí». Leopoldo Panero era «D. Manzano No». Y luego, Manuel Blanco, Antonio Novo, Emilio Alonso, Francisco Alonso Luengo, Daniel Segado, Paco Zarnarreño y Adolfo Pallarés. Y un ruidoso público juvenil -masculino y femenino-, que abarrota el teatro, que aplaudía a rabiar los ovillojos -parodia de los del Tenorio- o el «Canto al *Calce-tín*», burla del «Canto al Mantón de Manila», de Ardavín, en aquella obra en verso madrileña, «Rosa de Madrid», que aquellos días triunfaba en la Corte.»

Continuará...

* Luis Alonso Luengo es escritor y Cronista Oficial de la Ciudad de Astorga.

Cabecera de «LaSaeta», revista satírica, genial creación de *La Escuela de Astorga*.

capara, la rodeábamos de nostálgico ternura? ¿Era algo así como la mueca futurista de Ramón Gómez de la Serna con la «muñeca» de su torre de Serrano en el Madrid de aquellos días?

Era algo más. No olvidemos que Astorga es la ciudad de los muñecos dominadores del aire, y que su símbolo -Pedro Mato y los Maragatos del Reloj- tan hondo ha calado en el espíritu de la ciudad que ello ha permitido siempre tratarles con confianza amor. Mitos, pero amigos, con los que se puede dialogar y entender, y que, entre ellos, se cuenta toda la menuda historia de la ciudad en esas cartas en verso de «Pedro Mato a los Maragatos del Reloj» y viceversa, que, inventadas un día por el genio poético burlón de D. Magín Revillo, siguen hoy siendo el vehículo del pequeño acontecer astorgano desde las páginas de «El Faro».

La última aventura de «La Saeta» sucedió con el Casero, que nos tenía alquilada una habitación para la redacción. Era un viejo viudo con fama de avaro, que aquel día, en plenas fiestas de agosto, fue a ver, del brazo de una sobrinilla suya -su ahijada-, los fuegos artificiales de la Plaza Mayor. Mientras los veía, Ricardo y Dámaso Casado le hablaban y le hablaban, y yo, sin que él se diera cuenta, coloqué la llave del cuarto alquilado en el bolsillo de su chaqueta. Y así, con la llave ya entregada, en fila y por turno, todos los redactores que estábamos en Astorga -pues